

MADemoiselle DE MAUPIN
Théophile GAUTIER

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE ARCE



Ofrecemos aquí la primera traducción al castellano de una de las obras más subversivas de la narrativa francesa del siglo XIX. La obra cuenta la historia de una mujer que, harta de los hombres, decide hacerse pasar por uno de ellos. Así, la joven muchacha se convierte en Théodore, un joven de una extraordinaria belleza que seduce por igual a hombres y mujeres, hasta el punto de que el apuesto y viril D'Albert, siempre en busca de la mujer ideal, se enamora de él, obligándole a romper con todas sus ideas preconcebidas y a entrar en un embarazoso y divertidísimo juego de seducción y desconcierto. Novela sin parangón sobre el amor, mascarada sobre la condición de la mujer y las relaciones sentimentales, *Mademoiselle de Maupin* es la obra maestra de Théophile Gautier.

PREFACIO DEL AUTOR

Una de las cosas más burlescas de la gloriosa época en que tenemos la suerte de vivir es, sin lugar a dudas, la incontable rehabilitación de la virtud emprendida por todos los periódicos, sean del color que fueren: rojo, verde o tricolor.

La virtud es, con certeza, algo muy respetable, y no es nuestra intención faltarle. ¡Dios nos libre! ¡La buena y digna señora! Encontramos cierto brillo en sus ojos a través de los impertinentes, que lleva las medias bien puestas, que toma el tabaco de su cajita de oro con toda la gracia imaginable y que su caniche hace las reverencias como un maestro de baile. Así la vemos. Hasta estamos de acuerdo en que no está tan mal para su edad y lleva sus años de un modo inmejorable. Es una abuela muy agradable, pero una abuela. Me parece natural que se prefiera, sobre todo si se tienen veinte años, alguna pequeña inmoralidad ligera, pimpante, coqueta, buena chica, con cabello mal rizado, la falda más corta que larga, el pie y el ojo impacientes, la mejilla ligeramente encendida, la risa en la boca y el corazón en la mano. Los periodistas más monstruosamente virtuosos no sabrían pronunciarse de manera diferente, y si dicen lo contrario es muy probable que no lo piensen. Pensar una cosa y escribir otra es algo que sucede todos los días, sobre todo entre gente virtuosa.

Me acuerdo de las pullas lanzadas antes de la revolución (me refiero a la de julio) contra aquel desdichado y virginal vizconde Sosthène de La Rochefoucauld, que tuvo la ocurrencia de alargar los vestidos de las bailarinas de la

Ópera y aplicó con sus manos patricias un púdico emplasto en el centro de todas las estatuas. El señor vizconde Sosthène de La Rochefoucauld ha quedado superado. El pudor se ha perfeccionado mucho desde aquel entonces, y ahora alcanza refinamientos que ni siquiera él hubiese imaginado.

Yo, que no acostumbro a mirar determinadas partes de las estatuas, encontraba, igual que otros, que la hoja de parra recortada por las tijeras del señor encargado de Bellas Artes es la cosa más ridícula del mundo. Al parecer me equivoqué, y la hoja de parra es una institución de lo más meritoria.

Me han dicho, y yo me he negado a creerlo, de tan singular como me pareció, que hay gente que, ante el fresco del *Juicio Final*, de Miguel Ángel, no vieron nada más que el episodio de los prelados libertinos, ante el cual se cubrieron el rostro gritando abominación y desolación.

Esa misma gente del romance de Rodrigo no saben sino la copla de la serpiente. Si hay alguna desnudez en un cuadro o en un libro, van derechos a ella como el cerdo al fango, y ni las flores abiertas ni los frutos maduros que abundan por doquier les merecen la menor atención.

Confieso que no soy tan virtuoso como ellos. Dorina, la desvergonzada doncella, puede mostrar su rollizo pecho ante mí que, ciertamente, no sacaré el pañuelo de mi bolsillo para cubrir ese seno que otros no sabrían ver. Miraría su pecho como su rostro, y, si es blanco y bien formado, lo contemplaría con placer. Pero no palparía para ver si el vestido de Elvira es suave, ni la empujaría santamente sobre el borde de la mesa como hacía el pobre Tartufo.

Esta gran afectación por la moral que reina actualmente sería de risa si no fuese tan molesta. Cada folletín se convierte en un púlpito, cada periodista en predicador; solo faltan la tonsura y el alzacuello. El tiempo está para lluvia y homilías. Nadie se libra de la una ni de las otras si no es

saliendo a pasear en coche y relejendo *Pantagruel* en compañía de botella y pipa.

¡Señor, señor! ¡Qué desenfreno! ¡Qué furia! ¿Quién os ha mordido? ¿Quién os ha picado? ¿Qué diablos os pasa para gritar tan alto, y qué os ha hecho ese pobre vicio para que estéis tan resentidos con él, que es un buenazo y fácil de llevar y no pretende más que pasarlo bien sin molestar a los demás, si es que esto es posible? Actúad con el vicio igual que hizo Serre con el gendarme: abrazaos y que todo concluya. ¡Creedme, os sentiréis mejor! ¡Y, además!, señores predicadores, ¿qué haríais sin el vicio? Quedaríais desde mañana mismo reducidos a la mendicidad si hoy todos nos volviésemos virtuosos.

Supongamos que los teatros se cerraran esta tarde. ¿Sobre qué base montaríais vuestro folletín? Ni bailes en la Ópera para rellenar vuestras columnas, ni novelas para escudriñar, porque bailes, novelas y comedias constituyen las verdaderas pompas de Satán, si damos crédito a nuestra Santa Madre la Iglesia. La actriz despediría al caballero que la mantiene y ya no podría pagaros vuestras reseñas elogiosas. No habría suscripciones a vuestros periódicos; la gente leería a san Agustín, iría a la iglesia y rezaría el rosario. Esto puede estar muy bien, pero a buen seguro que vosotros no saldríais ganando. Si fuésemos virtuosos, ¿dónde colocaríais vuestros artículos sobre la inmoralidad del siglo? Ya veis que el vicio sirve para algo.

Pero ahora está de moda ser virtuoso y cristiano; es adoptar un cariz; dárseles de san Jerónimo como antaño de don Juan; es andar pálido y mortificado, peinado como un apóstol; caminar con las manos juntas y los ojos clavados en el suelo con cierto aire de estar bañado en la perfección; es tener una Biblia abierta sobre la repisa de la chimenea, un crucifijo y boj bendecido en la cabecera de la cama: es no jurar nunca, fumar poco y apenas mascar tabaco. Entonces se es cristiano, se habla de la santidad del arte, de la elevada misión del artista, de la poesía del catolicismo, del

señor de Lamennais, de los pintores de la escuela angélica, del concilio de Trento, de la humanidad progresiva y de mil otras cosas bonitas. Los hay que insuflan a su religión un poco de republicanismo. No son estos los menos curiosos. Emparejan Robespierre con Jesucristo de la manera más jovial, y amalgaman con seriedad digna de encomio los Hechos de los Apóstoles y los decretos de la «santa» convención, un epíteto sacramental. Otros añaden como último ingrediente unas cuantas ideas sansimonianas. Estos últimos son terminantes y no tienen igual; después de ellos quedó roto el molde. No es humanamente posible un mayor ridículo (*has ultra metas...* etcétera). Son las columnas de Hércules del ámbito burlesco.

El cristianismo está tan de moda por la beatería actual que incluso el neocristianismo goza de cierto favor. Se dice que hasta cuenta con un adepto, y eso incluye al señor Drouineau.

Una variedad extremadamente curiosa del periodista propiamente moral es la del periodista con familia femenina.

Este lleva la susceptibilidad púdica hasta la antropofagia, o poco le falta.

Su manera de proceder, no por mostrarse sencilla y fácil al primer golpe de vista resulta menos bufona y recreativa, y creo que merece que se la conserve para la posteridad (para nuestros sobrinos nietos, como decían las pelucas del pretendido gran siglo).

En primer lugar, para erigirse en periodista de esta especie, hace falta disponer de algunos pequeños utensilios preparatorios, tales como dos o tres mujeres legítimas, alguna madre, el mayor número de hermanas posible, un surtido de hijas al completo e innumerables primas. A continuación se necesita una obra de teatro o una novela cualquiera, una pluma, tinta, papel y un impresor. Bien pudiera ser que se necesitara una buena idea y varios abonados;

pero se puede pasar sin ellos con mucha filosofía y el dinero de los accionistas.

Cuando se dispone de todo esto, ya es posible erigirse en periodista moral. Las dos recetas siguientes, convenientemente variadas, bastan para la redacción.

*Modelos de artículos virtuosos
para una primera representación.*

«Después de la literatura de sangre, la literatura de fango; tras la morgue y el presidio, la alcoba y el lupanar; tras airear los trapos sucios del homicidio, airear andrajos del libertinaje; después de... etcétera (según las necesidades y el espacio se puede continuar en ese tono desde unas seis líneas hasta las cincuenta o más). Es de justicia. Véase adónde conducen el olvido de las sanas doctrinas y la desvergüenza romántica. El teatro se ha convertido en una escuela de prostitución, donde no hay quien se arriesgue a entrar si no es temblando con una mujer a la que respete. Acudís con la fe puesta en un nombre ilustre y os veis obligados a retiraros en el tercer acto con vuestra hija muy turbada y confundida. Vuestra esposa oculta su sonrojo tras el abanico; su hermana, su prima, etcétera.» (Pueden diversificarse los parentescos con tal de que sean hembras.)

Nota. Hay quien ha llevado la moralidad hasta el extremo de decir: No iré a ver ese drama con mi amante. A ese lo admiro y me gusta. Lo llevo en mi corazón como Luis XVIII llevaba a toda Francia en el suyo, porque ha tenido la idea más triunfante, más piramidal, la más pasmosa y monumental de cuantas hayan caído en el cerebro de un hombre durante este bendito siglo XIX en el que han caído tantas y tan curiosas.

El método para dar cuenta de un libro es muy expeditivo y se encuentra al alcance de todas las inteligencias.

«Si queréis leer este libro, encerraos cuidadosamente en casa. No lo dejéis abandonado sobre la mesa. Si vuestra es-

posa o hija decidiese abrirlo, estaría perdida. Este tipo es peligroso, este libro aconseja el vicio. Posiblemente tendría gran éxito en tiempos de Crébillon, en hogares sencillos, en cenas exquisitas de duquesas; pero ahora que las costumbres se han depurado, ahora que la mano del pueblo ha hecho que se derrumbe el apolillado edificio de la aristocracia, etcétera, etcétera, que... que... que... se necesita una idea en toda obra... sí, una idea... moral y religiosa que... una visión elevada y profunda que responda a las necesidades de la humanidad; pues resulta deplorable que los jóvenes escritores sacrifiquen al éxito las cosas más santas y utilicen un talento, por lo demás estimable, en descripciones lúbricas que harían enrojecer a un capitán de dragones (la virginidad del capitán de dragones es, después del descubrimiento de América, el hallazgo más bello que se ha hecho desde hace tiempo). La novela sobre la cual hacemos la crítica recuerda a *Thérèse Philosophe*, *Felicia*, *Le Compère Mathieu*, *Les Contes de Grécours*.» El periodista virtuoso tiene una gran erudición sobre novelas obscenas. Y siento curiosidad por saber el porqué.

Resulta espantoso pensar que existen, en los periódicos, muchos industriales honestos que no cuentan más que con esas dos recetas para sobrevivir, ellos y la numerosa familia a la que dan trabajo.

Aparentemente yo soy el personaje más inmoral que pueda encontrarse en Europa y sus alrededores; porque no veo nada que sea más licencioso en las novelas y las comedias actuales que las novelas y comedias de otras épocas, y no logro comprender por qué los oídos de los señores de la prensa se han vuelto, de repente y de modo tan jansenista, quisquillosos hasta ese extremo.

No quiero ni pensar que el periodista más inocente se atreva a decir que Pigault-Lebrun, Crébillon hijo, Louvet, Voisenon, Marmontel y tantos otros hacedores de novelas y relatos superan en inmoralidad, puesto que de inmoralidad se trata, a las producciones de los más desmelenados y

desvergonzados señores, Fulano y Zutano, que no nombro directamente en atención a su pudor.

Haría falta la más indigna mala fe para no estar de acuerdo.

Que nadie venga a objetar que he alegado nombres poco o mal conocidos. Si no he mencionado nombres brillantes y monumentales, no es porque no puedan sostener mi afirmación con su gran autoridad.

Las *Novelas y cuentos* de Voltaire seguramente no son, con la única diferencia del mérito, más susceptibles de ser entregados en premio a las alumnas de los internados que los *Cuentos inmorales* de nuestro amigo el licántropo, o incluso que los *Cuentos morales* del empalagoso Marmontel.

¿Qué vemos en las comedias de Molière? La santa institución del matrimonio (estilo de catecismo y de periodistas), escarnecida y puesta en ridículo en cada escena.

El marido es viejo, feo y decrepito; se coloca la peluca atravesada; su vestimenta está pasada de moda; tiene un bastón con puño de cuervo, la nariz embadurnada de tabaco, las piernas cortas, el vientre abultado como un presupuesto. Farfulla y no dice más que tonterías y hace tantas como dice; no ve nada, no oye nada; abrazan a su mujer en sus narices y no sabe de qué va la cuestión. Todo esto dura hasta que al fin se entera debidamente de que le ponen cuernos, ante sus propios ojos y los de toda la sala, que no puede encontrarlo más edificante y aplaude a rabiar.

Los que aplauden más son quienes están más casados.

El matrimonio en la obra de Molière suele llamarse George Dandin o Sganarelle.

La adúltera, Damis o Clitandra. No existe nombre lo bastante dulce y encantador para Molière.

El adúltero siempre es joven, atractivo, bien hecho y marqués, por lo menos. Entra canturreando desde bastidores la tonada más de moda; da uno o dos pasos por la escalera con el aire más deliberado y triunfante del mundo; se rasca la oreja con la uña rosa de su meñique coqueta-

mente separado; peina con un peine de concha su hermosa cabellera rubia y recompone los pliegues de sus mangas, que son de gran volumen. Su jubón y sus calzones desaparecen bajo cordones y lazos y su alzacuello es de la mejor hechura; sus guantes husmean mejor que el benjuí y la algalia, y sus plumas han costado a un luis la brizna.

¡Cómo se le encienden los ojos y le florecen las mejillas! Su boca es tan sonriente, sus dientes tan blancos, como sus manos suaves y bien lavadas.

Habla y no dice más que madrigales, galanterías perfumadas en un estilo preciosista y con el mejor donaire. Ha leído novelas y sabe de poesía; es valiente y está presto a desenvainar; siembra el oro a manos llenas. Por eso Angélique, Agnès o Isabelle apenas pueden contener sus deseos de echarse a su cuello, por muy educadas y grandes damas que sean. Por eso el marido es engañado sin falta en el quinto acto, y puede sentirse contento si no lo ha sido en el primero.

Así es como Molière trata el matrimonio, él, uno de los más ilustres y graves genios que nunca hayan sido. ¿Cree alguien acaso que hay algo más fuerte en las requisitorias de *Indiana* y de *Valentine*?

La paternidad se respeta menos aún, si ello es posible. Veamos a Orgon, a Géronte, veámoslos a todos.

¡Cómo les roban sus hijos, les golpean sus criados! ¡Cómo se les deja al desnudo sin piedad a pesar de su edad y su avaricia, su obstinación y su imbecilidad! ¡Qué bromas! ¡Qué burlas! ¡Cómo se echa a empujones fuera de la vida a esos pobres ancianos que tardan en morir y no quieren soltar su dinero! ¡Cómo se habla de lo mucho que duran los padres! ¡Cómo abogan en contra del factor hereditario y de qué modo esto resulta más convincente que todas las declamaciones sansimonianas!

Un padre es un ogro, un Argos, es un carcelero, un tirano, algo que solo sirve para retrasar un matrimonio durante los tres actos hasta el reconocimiento final. Un padre

es el marido ridículo hasta la saciedad. Nunca un hijo hace el ridículo en una obra de Molière, porque Molière, al igual que los autores de todos los tiempos, corteja a la generación joven a costa de la antigua.

Y los Scapin, con su capa rayada a la napolitana, su boina caída sobre la oreja y su larga pluma que barre el aire, ¿no son acaso personajes piadosos, castos y hasta dignos de ser canonizados? Los presidios están repletos de gente honesta que no ha hecho ni la cuarta parte de lo que hacen ellos. Las truhanerías de Trialph son pequeñeces en comparación con las suyas. ¡Y las Lisettes y las Martons, qué desvergonzadas, vive Dios! ¡Las cortesanas de las calles están lejos de ser tan descaradas como rápidas en respuestas picarescas! ¡Cómo se las arreglan para enviar un recado! ¡Y qué bien montan la guardia mientras dura la cita! Son, os doy mi palabra, muchachas valiosas, serviciales y buenas consejeras.

Esta es la encantadora sociedad que actúa y se pasea a través de estas comedias y embrollos. Tutores engañados, maridos cornudos, acompañantes libertinas, sirvientes estafadores, señoritas locas de amor, hijos licenciosos, mujeres adúlteras. ¿No vale esto acaso para los bellos y melancólicos jóvenes, las débiles mujeres oprimidas y apasionadas de los dramas y las novelas de nuestros escritores de moda?

A todo ello hay que restar el ataque con daga del final, la obligada taza de veneno; los desenlaces son tan complacientes como los finales de los cuentos de hadas en los que todo el mundo, hasta el marido, no pueden quedar más satisfechos. En Molière la virtud siempre es infamada y aporreada, es quien lleva los cuernos y presenta la espalda a Mascarille. La moralidad, apenas aparece una vez, al final de la obra y bajo la personificación un tanto burguesa del incólume oficial de justicia.

Todo cuanto acabo de exponer aquí no es para desportillar el pedestal de Molière. No estamos lo bastante locos

para pretender que tal coloso de bronce se tambalee con brazos tan pequeños como los nuestros.

Simplemente queremos demostrar a esos píos folletinistas a quienes tanto espantan las obras nuevas y románticas, que los clásicos antiguos, cuya lectura e imitación recomiendan a diario, las superan con mucho en atrevimiento e inmoralidad.

A Molière podemos fácilmente añadir Marivaux y La Fontaine, esas dos expresiones tan opuestas del espíritu francés, y Rénier, Rabelais, Marot y tantos otros. Pero no es nuestra intención hacer aquí, a propósito de la moral, un curso de literatura para uso de vírgenes de folletín.

A mi entender no debería hacerse tanto ruido por tan poco. Felizmente ya no estamos en los tiempos de Eva la rubia y, conscientemente, no podemos ser tan primitivos ni tan patriarcales como lo eran en el Arca de Noé. No somos niñas que se preparan para hacer la primera comunión; y cuando jugamos a las prendas no respondemos «tarta de crema». Nuestra ingenuidad es bastante sabia y nuestra virginidad hace tiempo que corre por las calles de la villa. Ambas son cosas de esas que se tienen solo una vez, y hagamos lo que hagamos no podremos recuperarlas, pues nada hay en el mundo que corra más deprisa que una virginidad que se va, ni una ilusión que emprende el vuelo.

A pesar de todo, es posible que no sea un gran mal, y el conocimiento de todas las cosas es preferible a la ignorancia de ellas. Es una cuestión que dejo para debate a otros más sabios que yo. Lo cierto es que este mundo ha pasado la edad de jugar a la modestia y al pudor, y yo lo considero demasiado vejestorio para hacer el infantil y el virginal sin caer en ridículo.

Tras su himeneo con la civilización, la sociedad ha perdido el derecho a ser ingenua y pudibunda. Existen ciertos sonrojos que todavía se admiten al acostarse la desposada y que al día siguiente no pueden servir para nada; porque la joven mujer posiblemente ya ni se acuerda de la jovenci-

ta o, si la recuerda, es una cosa indecente que compromete, además, gravemente la reputación del marido.

Cuando leo por azar uno de esos hermosos sermones que reemplazan en las hojas públicas la crítica literaria, a veces me vienen grandes remordimientos y aprehensiones, a mí, que tengo sobre la conciencia tantos chistes picantes como un hombre joven y lleno de ardor y alegría de vivir puede reprocharse.

Al lado de esos Bossuets del Café de París, de esos Bourdaloues de palco de la Ópera y de esos Catones a tanto la línea, que reprenden al siglo de tan bonita manera, yo me encuentro, en efecto, el calavera más espantoso que haya hollado jamás la faz de la Tierra. No obstante, bien lo sabe Dios, la nomenclatura de mis pecados, tanto capitales como veniales, con los blancos y las entrelíneas de rigor, apenas podrían, en manos del más hábil librero, formar uno o dos volúmenes en octavo por día, lo cual es poca cosa para alguien que no tiene la pretensión de ir al paraíso en el otro mundo, ni de ganar el premio Montyon, ni ser doncella virtuosa.

Cuando pienso que me he encontrado debajo de la mesa y en otros lugares con bastantes dragones de virtud como esos, recupero una mejor opinión de mí mismo y considero que, a pesar de tantos defectos como pueda tener, ellos tienen otro que es, para mí, el mayor y el peor de todos ellos; hablo de la hipocresía.

Y si buscamos bien, aún encontraríamos otro pequeño vicio que añadir; pero este resulta tan odioso que en verdad casi no me atrevo a nombrarlo. Acercaos, que os voy a deslizar su nombre al oído: la envidia.

La envidia y nada más.

Ella es quien va arrastrándose y serpenteando a través de todas las homilias paternas. Por mucho cuidado que ponga en ocultarse, se ve brillar de vez en cuando por encima de metáforas y figuras retóricas, con su pequeña cabeza aplastada de víbora. La sorprendemos lamiéndose con la

lengua bífida los labios azulados por el veneno y se oye silbar con suavidad a la sombra de un epíteto insidioso.

Sé que es una fatuidad insoportable pretender que nos envidien, y que es tan nauseabundo como un ser sobrenatural vanagloriándose de su buena fortuna. No soy tan fanfarrón para creer que tengo enemigos ni envidiosos; es una ventura que no se otorga a todo el mundo y que, probablemente, no gozaré por mucho tiempo. Por eso hablaré libremente y sin segundas intenciones, como alguien muy desinteresado en dicha cuestión.

Una cosa cierta y fácil de demostrar para aquellos que lo pusieran en duda es la antipatía natural del crítico hacia el poeta, de quien no hace nada contra aquel que hace. Del zángano contra la abeja, del caballo castrado contra el semental.

No os convertís en críticos hasta después de constatar con vuestros propios ojos que no podéis ser poetas. Antes de reducirlos al triste papel de hacer de guardarropa y anotar los tantos como un mozo de billar o un recogepelotas en el terreno de juego, habéis intentado hacer versos, habéis cortejado mucho tiempo a la Musa y tratado de seducirla y desflorarla, pero no tenéis bastante vigor para conseguirlo. Os ha faltado el aliento y habéis caído, pálidos y exhaustos, al pie de la montaña santa.

Concibo esa clase de odio. Porque duele ver cómo otro se sienta a disfrutar del banquete al que no habéis sido invitados y se acuesta con la mujer que os ha desdeñado. Compadezco de todo corazón al pobre eunuco, obligado a asistir a los retozos del Gran Señor.

A él se le admite en las profundidades más secretas de la Oda; conduce a las sultanas al baño; ve lucir bajo el agua plateada de las gradas piscinas esos hermosos cuerpos, relucientes como perlas y pulidos como ágatas. Los encantos más ocultos se le muestran desvelados. Nadie se molesta con su presencia. Es un eunuco. El sultán acaricia a la favorita en su presencia y besa su boca de granada. En verdad,

es una situación bien falsa la suya, y debe de sentirse muy molesto con su continencia.

Y ocurre lo mismo con el crítico, que ve al poeta pasearse por el jardín de la poesía acompañado de nueve hermosas odaliscas, y recrearse perezosamente a la sombra de los verdes laureles. Resulta muy difícil no recoger las piedras del gran camino para arrojárseles y dejarlo herido al otro lado del muro, si es lo bastante diestro para hacerlo.

El crítico que no ha producido nada es un cobarde; es como un clérigo que corteja a la mujer de un laico. Este no puede pagarle con la misma moneda ni batirse en duelo con él.

Creo que esta sería una historia al menos tan curiosa como la de Teghath-Phalasar, o la de Gemmagog, que inventó los zapatos de puntera retorcida, esta historia de las diferentes maneras de menospreciar una obra desde hace un mes hasta nuestros días.

Hay materia suficiente para quince o dieciséis volúmenes *infolio*; pero tendremos piedad con el lector y nos limitaremos a algunas líneas, una buena acción por la cual solicitamos un reconocimiento más que eterno. En una época muy remota que se pierde en la noche de los tiempos, pronto hará unas tres semanas de ello, la novela medieval florecía en París y sus arrabales. Las cotas de malla con escudo heráldico eran un gran honor; no se desdeñaban los peinados altos y cónicos, gustaban los calzones de media pierna; la daga tenía un valor incalculable, el zapato de puntera vuelta era objeto de adoración, como un fetiche. No había más que ojivas, torrecillas, columnatas, vidrieras de colores, catedrales y castillos fortificados. Todo eran doncellas y donceles; pajes y mancebos, truhanes y soldados, caballeros galantes y castellanos feroces. Cosas, todas ellas, por cierto, más inocentes que inocentes juegos, y que a nadie hacían mal alguno.

El crítico no esperó a la publicación de la segunda novela para iniciar su obra devaluadora. Desde la aparición de la